

TRIBUNA ABIERTA

Hambre en un país con abundancia de alimentos

La concentración económica de los 90 explica la contradicción entre el fuerte crecimiento del agro y la inédita miseria.

COMENTARIOS

26/04/2002 - 0:00

Clarín.com (https://www.clarin.com) | Opinión (/opinion/)

Recorrer en este época un país como la Argentina da enorme tristeza. Duele ver sus contrastes y sus evidencias. Su extraordinaria capacidad y productividad agrícola (pese a lluvias e inundaciones) es la antítesis del hambre y la desnutrición que padecen millones de argentinos. Al internarse en las provincias argentinas se amplifica la intensidad e incidencia de este drama nacional.

Desde los 90, los incrementos de la producción agrícola de granos y oleaginosas en la pampa húmeda y en las provincias del noroeste y nordeste son notorios. Lo mismo se repite en muchos cultivos regionales, varios vinculados al mercado externo. Alejándose cientos de kilómetros hacia el norte o el sur, llama la atención las miles de hectáreas cultivadas (25 millones de Ha en promedio) con soja, trigo, maíz, girasol, forrajeras, poroto, azúcar, algodón, arroz, tabaco, viñedos, frutales (por no mencionar la actividad avícola, tampera, ganadera y minera en general).

Newsletters Clarín - Alberto y Cristina

El nuevo gobierno de los Fernández, bajo la lupa de Ignacio Miri.

Recibir newsletter

 El nuevo gobierno de los Fernández, bajo la lupa de Ignacio Miri.

Argentina no es un país monoprodutor; por el contrario, produce una amplia diversidad de alimentos de primera necesidad, con altos rendimientos y competitivos en el nivel mundial. Desde esta perspectiva, no deberíamos engañarnos (ni dejar que lo hagan): se trata de un país que es estratégico para afrontar el contexto mundial de déficit alimentario.

¿Cómo se explica, entonces, que en octubre del 2001 más del 40% de la población era pobre y en alta proporción subalimentada? Y es sabido que la indigencia sigue creciendo aceleradamente, al ritmo que se difunde y a la recesión conjuntamente con la desocupación.

Concentración económica versus expulsión de pequeños y medianos productores familiares y trabajadores permanentes y transitorios fue el signo de los noventa y es la contradicción que explica la antiética relación entre crecimiento productivo en el agro y hambre en la Argentina. Ejemplos abundan. Uno es el del Chaco monoprodutor, donde un acelerado crecimiento de algodón (de más de dos veces y media entre 1993 y 1996) aumentó el desempleo (la tasa de desocupación casi se duplicó en dicho período pasando del 8% al 15%).

El boom en el agro que abrió las puertas del Mercosur fue resultado de la reconversión productiva y tecnológica llevada a cabo por grandes inversores de capital concentrado, y en parte extranjero, con acceso al crédito necesario para estas transformaciones y para encarar las respectivas inversiones en tierras. La contracara de este proceso fue la ausencia de una política regulatoria y crediticia para los pequeños y medianos productores. La convertibilidad condujo a una generalizada pérdida de rentabilidad y competitividad.

Casi todas las actividades productivas en manos de productores familiares estuvieron determinadas por una marcada presión hacia el incremento de la escala o el abandono de la actividad, por la introducción de paquetes tecnológicos de difícil acceso o adaptación, por el desarrollo de procesos de mecanización (v.g. cosecha de algodón, azúcar, papas, fruticultura) que derivaron en la expulsión de trabajadores. Buena parte de esta población, cuando no ha sido empleada en el estado provincial (desocupación disfrazada) vive muy pobremente y gracias a la ayuda de planes Trabajar (nacionales o provinciales), de programas sociales diversos, de la caridad pública, del "cirujeo" o del trueque.

El trueque se convirtió en la salvación de muchos productores y trabajadores que vendieron sus productos y su fuerza de trabajo a cambio de "créditos" que los habilitaban para la compra de otros productos y servicios, incluso en pequeños comercios minoristas.

El interior argentino está afectado, además, por las drásticas transformaciones resultantes de las privatizaciones (petróleo, gas, infraestructura vial y ferroviaria, comunicaciones) y asimismo, por el deterioro de pequeñas y medianas industrias, comercios y servicios a favor de shoppings, súper e hipermercados.

De ahí la violenta transformación de un amplio sector social en población excedente. El aumento notorio de la desocupación ha sido la puerta de entrada a la sucesión de pobreza, hambre, inseguridad y

estallidos que dominan la escena desde mediados de los 90. En los hechos, se trata del proceso de desestructuración nacional que se manifiesta a través de provincias empobrecidas y endeudadas, con su coparticipación comprometida con deudores externos y con una amplia y diversificada emisión de dinero de segunda (bonos).

La mayoría de las provincias del nordeste y noreste tienen la mitad o más de su población pobre. Hay muchas localidades con casi todos sus habitantes desocupados (pendientes de los planes Trabajar o del seguro de desempleo), ciudades convertidas en pueblos fantasmas, como Pico Truncado, o con una fuerte proliferación del comercio informal (e incluso ilegal) como Tartagal, Mosconi y Vespucio en Salta.

Es sabido que muchos de los productores regionales clamaban por una devaluación para colocarse en una situación más competitiva en el mercado externo y en el interno. Sin embargo, la devaluación por sí sola no restablecerá el crecimiento.

Y esto es así, en primer lugar, porque para rearmar y poner en funcionamiento las estructuras productivas se necesita crédito, hoy más inexistente que nunca por el default y la crisis financiera, y especialmente para las pymes que no tienen vínculos con el exterior o con casas matrices.

En segundo lugar, porque de la recesión no se sale a través del "accionar del mercado", sino con un plan estratégico regional que determine prioridades en materia de ocupación y de relaciones insumo producto. Y en tercer lugar, porque todo esto no es posible sin normas y reglas precisas, claras y confiables.

Lamentablemente, debemos reconocer que la ausencia de crecimiento y el daño al empleo y al nivel de vida permanecerán por muchos años y que regenerar la estructura productiva nacional y regional exige aumentar conjuntamente empleo y consumo y generar procesos redistributivos. Sin embargo, esto sólo será posible en la medida que se transformen las instituciones que nos rigen.

Reglas claras y funcionamiento transparente son condiciones necesarias para esta propuesta. Y para alcanzarlas se requiere una amplia participación y creciente y efectivo control por parte de la población en los ámbitos de decisión y gestión.



(whatsapp://send?text=Clarín: Hambre en un país con abundancia de alimentos
[https://www.clarin.com/opinion/hambre-pais-abundancia-](https://www.clarin.com/opinion/hambre-pais-abundancia-alimentos_0_BJEEEBxRFI.html?fromDef=whatsapp)

[alimentos_0_BJEEEBxRFI.html?fromDef=whatsapp](https://www.clarin.com/opinion/hambre-pais-abundancia-alimentos_0_BJEEEBxRFI.html?fromDef=whatsapp)) (mailto:subject: Hambre en un